



INGENIEROS EN EJERCICIO LIBRE

Ismael Castro Patán

[promoc. 1978; Escuela de Santander].

Ulises López-Peláez Manoja

[promoc. 1997; Escuela de Madrid].

¿Por qué un 'chico de pueblo' como tú, Ismael, de San Román de los Oteros, estudia Caminos?

Ismael.- Me empujó a ello el veterinario de mi pueblo, precisamente. Yo era un niño 'aplicado' que sacaba buenas notas, sobre todo en matemáticas y ciencias, así que a juicio de Don Enrique, que así se llamaba el veterinario, 'debía' elegir una carrera difícil, por ejemplo arquitectura o ingeniero de caminos. Elegí finalmente Caminos por la sencilla razón de que el dibujo se me daba mal. Una 'incapacidad', por cierto, que debe de ser un mal congénito: desde muy niños, me preocupé de que mis hijos recibieran clases de dibujo artístico, pero no ha habido manera: a ellos tampoco les 'entra' el 'arte' [risas].

En tu caso, Ulises, la elección parecía clara: tu padre ya era ingeniero de caminos, de la Confederación Hidrográfica del Duero.

Ulises.- Sí, efectivamente. Siempre estudié ciencias en el instituto, y ya desde niño acompañaba a mi padre a medir calles de los pueblines, cuando mi padre hacía proyectos en ejercicio libre.

"Quizá haya sido un error político fraccionar tanto los proyectos y obras, así como haber optado por el 'café para todos' y 'todos los años', esto es, que aunque no haga falta hacer un parque con columpios en un pueblo donde ya no quedan niños, hay que gastar lo asignado porque si no, el pueblo pierde ese dinero, que no obstante podría gastarse en otras cosas o incluso en otros pueblos que sí necesitan columpios".





Tú estudias en Santander, Ismael. ¿Por qué tantos compañeros de nuestra región elegiste esta ciudad en lugar de ir a Madrid?

Ismael.- En mi caso particular, porque entonces Madrid era una ciudad ‘tumultuosa’ y yo tuve miedo de perder mi beca. Quiero decir que por aquellos finales del franquismo y comienzos de la Transición había muchas huelgas, mucho conflicto en la universidad, y yo preferí optar por la tranquilidad de una ‘ciudad de provincias’ en que no me viera demasiado involucrado en aquellos ‘lios’, asegurándome así la beca y, en consecuencia, poder seguir estudiando.

Ulises.- He de aclarar que aunque yo terminé en Madrid, hice los dos primeros cursos en Santander. Elegí esta Escuela porque todos mis conocidos de aquí, de León, estaban allí. No me digas por qué, pero el hecho cierto es que los leoneses hemos optado casi siempre por Santander, e incluso éramos el grupo más nutrido, junto con los vascos.

También era y es costumbre entre quienes estudian en la Escuela de Santander compartir colegio mayor: ¿no agobia un poco estar hablando de continuo de ecuaciones diferenciales, tanto en las aulas como ‘hasta en la sopa’, literalmente?

Ismael.- Yo me hospedé desde el principio en un piso, y me costó amoldarme, la verdad, pues en León había estudiado en el instituto Padre Isla y todos los becados vivíamos en un colegio menor.

Ulises.- Yo sí estudié en un colegio mayor, en el Torres Quevedo: de 180 residentes, 160 debíamos estudiar ingenieros de caminos. ¡Horrible! [Risas]. También tenía sus ventajas: hacerte con apuntes era más fácil, los ‘seniors’ te decían a qué clases no había que ir porque no aprendías nada, etc.

Sea leyenda o no, la Escuela de Santander pasa por ser muy dura, sobre todo en aquellos años primeros en que estudiaste tú, Ismael.

Ismael.- Tomando ‘al revés’ el título de una famosa película de Martin Ritt de los 80 (1), fueron ‘los peores años de mi vida’... [Risas]. Aquella exigencia extrema para mí no tenía ningún sentido, máxime cuando los profesores en su mayoría no estaban a la altura de lo requerido; incluso no pocos de ellos se enorgullecían de suspender ‘a esgalla’, en lugar de preocuparse de que aprendiéramos de verdad. Hasta que no llegaron los doctores —Enrique Castillo, César Sagasetta, Miguel Ángel Losada...—, la enseñanza no se profesionalizó. Por contar una anécdota bien significativa, al XXV aniversario de mi promoción asistió un profesor de cálculo de la ‘vieja escuela’, y aún contaba como quien hace una gracia que «la mejor nota del examen de junio de aquel año había sido la de D. Matarín Sánchez, que por supuesto estaba suspenso. Luego en septiembre aprobé a alguno. A D. Matarín le obligué a estudiar todo el verano, y una vez en el aula de exámenes le licencié, sin necesidad de realizar los oportunos ejercicios. ¡No negarán ustedes mi magnanimidad!...».

Ulises.- Yo también tuve esa misma impresión, aun veinte años después: palos, palos y más palos. Además de que al ser las asignaturas cuatrimestrales, en febrero podías saber con suficiente y fastidiosa antelación que para septiembre tendrías bastante tarea, y eso desmoralizaba mucho... [Risas]. Otra razón que me animó a irme a Madrid —con sistemas de representación suspenso— fue el clima de Santander. No llegué a dar por bueno el refrán que dice: «Cuando veo llover, hago como los de Santander: lo dejo caer». [Risas]. En Madrid, además, en el colegio mayor —el Chaminade— sólo éramos 5 ingenieros de caminos entre 200 o más.

Tú que has estudiado en las dos Escuelas, Ulises, ¿en qué se diferencian?

Ulises.- En cuanto a dureza no puedo decir mucho, pues en Madrid yo me matriculé en tercer curso y los cursos duros, duros, como en Santander, eran los dos primeros. Sí había diferencias: mientras en Santander había algunos profesores ‘enrancidos’, que presumían de suspender con holgada generosidad, en Madrid yo no tuve nunca esa impresión. Por otra parte, en



Madrid había algunos profesores que estaban entre los mejores profesionales del país, y por tanto estabas siempre a la última: así, por ejemplo, Hugo Corres, Alfredo Granados... Y luego había algún profesor egregio, como Clemente Sáenz Ridruejo.



¿Qué carencias —desde el punto de vista de quienes trabajáis en ejercicio libre y honráis el proyecto sobre todas las cosas— tenía la formación en la Escuela?

Ismael.— Habría que partir primeramente de que el sistema europeo por lo general —Inglaterra no se sabe si es europea o sólo inglesa (2)— apuesta por que el alumno adquiera unos conocimientos generales, unos principios básicos que te ‘amueblen’ la cabeza. Esto está bien, pero en la Escuela ocurría que te entrenaban para ser un atleta del baloncesto, con una forma física incomparable, pero nadie te señalaba dónde estaba la canasta, y acababas sin apenas haber encestado un tiro libre, no digamos ya un triple [risas]. A este sistema de enseñanza sólo le saca partido de verdad un 10% de la profesión, aquéllos que se dedican a la investigación, a dar clases en las Escuelas...

En cuanto al caso particular de quienes trabajamos en el ejercicio libre, que valemos para todo y para nada, como quien dice, la realidad es que al salir de la Escuela te encuentras ‘en pelotas’...

Ulises.— Y no sólo nosotros, Ismael. A un jefe de obra le ocurre tres cuartos de lo mismo, hasta el punto de que primero empieza como jefe de calidad, luego pasa a jefe de producción y cuando ya por fin ha aprendido de verdad, a jefe de obra. En conclusión, en la Escuela te enseñan todos los cálculos habidos y por haber, todos los métodos de elementos finitos conocidos, pero no nos preparan para lo que realmente nos espera en el día a día del mundo profesional, en cualquiera de los sectores en que desarrollemos nuestra profesión.

Otra cosa que echo de menos es nuestra falta de preparación en dibujo artístico: nosotros habitualmente dirigimos obras muy modestas en que el constructor o el encargado pueden tener dificultades para interpretar algún plano, y si supiéramos dibujar un ‘mono’ como Dios manda, todo sería mucho más fácil para ellos y para nosotros.

Hablemos de vuestras trayectorias profesionales. Antes de ejercer por libre, Ismael, trabajas como enseñante, en una empresa constructora y en un estudio de ingeniería y arquitectura. Cuéntanos un poco en qué se diferencian cada uno de estos trabajos, de qué distinta manera se ejerce la ingeniería.

Ismael.— Yo acabo en 1978 y me voy a Zaragoza, pues allí vivía mi mujer. Como la crisis era importante y no se encontraba fácilmente trabajo como ingeniero, empecé a dar clases particulares. Aquello duró un año y medio, e incluso me planteé abrir una academia, pero en aquel momento, y a través del delegado provincial del Colegio en León, Rafael Rodríguez, me contrataron en Vifesa, una empresa local que trabajaba fundamentalmente para Renfe, en la supresión de pasos a nivel. Me acuerdo que otro compañero, Carlos Álvarez Tranche, me dijo: «Estas empresas pequeñas son para cinco años», y mes arriba mes abajo acertó. El dueño de la empresa quiso profesionalizarla y para ello contrató a lo que hoy llamaríamos tres MBA ‘boys’, que sabían mucho de



números, pero no tenían ni idea del mundo de la construcción ni de la producción: en todas las obras el coste horario o de maquinaria tenía que valer lo mismo porque sí, con independencia de la naturaleza y tamaño de las obras, de la maquinaria empleada, etc.

Ya desde 1983 yo hacía algún proyectito, y en 1985 doy el salto a montar una 'cosa seria': con un arquitecto, un ingeniero industrial y un ingeniero agrónomo montamos un estudio. Aquello no resultó y fue entonces cuando decidí ponerme por mi cuenta.

Tú, Ulises, terminas la carrera y directamente entras en el mundo del ejercicio libre, sin haber trabajado en ninguna empresa antes y sin haber salido de León. ¿Cómo surgió todo?

Ulises.- Mientras estudiaba, yo había pedido prórrogas para hacer la prestación social sustitutoria cuando acabara. Era lógico que la hiciera aquí en León, viviendo con mis padres, sin tener que pagar un alquiler en otra ciudad.

Por otra parte, mi padre había estado haciendo proyectos hasta hacía no mucho, concretamente hasta que se aprobó una ley de incompatibilidades a finales de los 80 o principios de los 90, creo, pero aún mantenía contacto con algunos clientes, a los que me presentó, y así empecé a ser un 'ingeniero-orquesta' [risas].

Tú llevas como 'músico de orquesta' desde 1987, Ismael. ¿Cómo ha cambiado el ejercicio libre desde entonces?

Ismael.- Yo diría que entonces había mucha más ilusión, no sólo porque estuviera casi todo por hacer, sino porque también teníamos 'espíritu social'. Quiero decir que llevar el agua potable a un pueblo por primera vez, o que sus habitantes no pisaran sobre barro, te reconfortaba no sólo como ingeniero sino como ciudadano. Además, el hecho de que hubiera pocos medios para hacer las obras aguzaba tu ingenio, e incluso diría que por esta razón se innovaba mucho más. En suma, para mí el cambio fundamental entre aquella

época y ésta es que hemos pasado de las 'obras necesarias' a las 'obras ociosas', en no pocos casos. Por otra parte, antes te contrataban la pavimentación y el abastecimiento de un pueblo entero, así que podías proyectar con una visión global, podías hacer cosas con altura de miras. Ahora te contratan la reposición de una tubería o la urbanización de una sola calle y lo que tú haces no guarda ninguna relación con lo que se ha hecho en la calle de al lado.

Ulises.- Estoy absolutamente de acuerdo. Lo que también ha cambiado es que antes necesitabas un equipo mínimo —delineante, administrativo...— y ahora te vales tú solo con un ordenador e Internet. Lo que sigue siendo igual es que tocas todos los palos, lo que te obliga a estudiar de continuo.

Sobre esto, ¿se cumple la 'ética profesional' de decir al cliente que "yo no le puedo operar del corazón porque yo no soy cirujano", o a todo se dice que sí, aunque no se sepa, o no se sepa suficientemente?

Ismael.- Habitualmente trabajamos en obras y proyectos modestos, y cuando ha de incluirse algún cálculo específico o alguna parte de la obra que excede tus conocimientos, subcontratas a quienes sí saben. Pero también se da el caso de que a esas empresas o compañeros especializados no les sale rentable hacerte esos trabajos, así que no te queda otra que estudiar y estudiar para no dejar tirado al cliente.

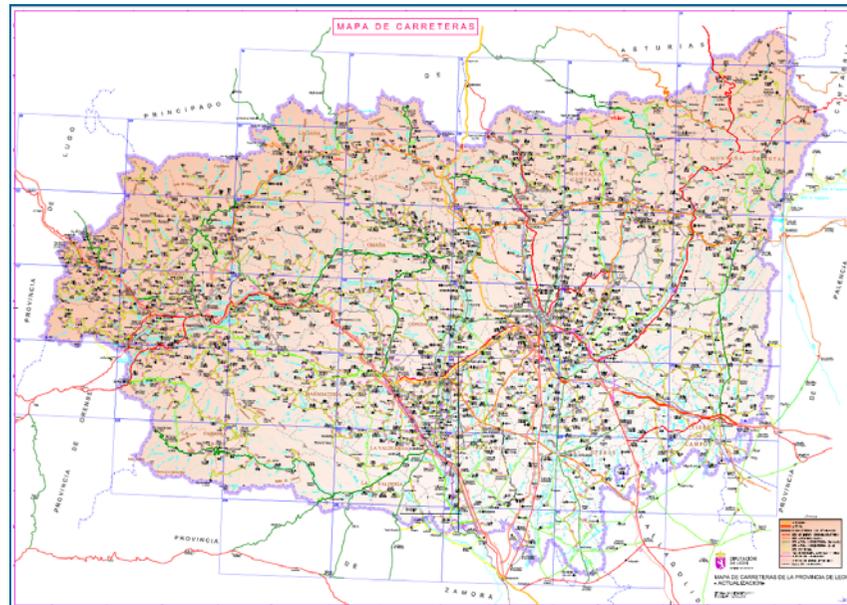
Ulises.- También es de una importancia capital hablar con los compañeros, algo que, en una ciudad del tamaño de León, afortunadamente se sigue haciendo. Sin duda, existe competencia entre quienes nos dedicamos al ejercicio libre, pero compartir conocimientos es enriquecedor para todos y a la larga a todos nos viene bien. Por otra parte, y dados los honorarios que cobramos, las adjudicaciones suelen ser directas, y se basan mucho en la confianza.

Ismael.- A propósito de esto último, he de decir que al contrario de lo que ocurre en otros niveles de la Administración, en los Ayuntamientos se ha



'despolitizado' mucho el trato con el técnico: antes cambiaba el equipo de gobierno y a la vez cambiaba el ingeniero, o el arquitecto, o...

Ulises.- Sí, es cierto, aunque también se promueve así un reparto asimétrico y no sé si justo del pastel... [Risas]. El que trabajes con uno u otro Ayuntamiento también depende de los responsables políticos municipales y provinciales.



¿Se hacen mejores o peores proyectos ahora que hace años? Lo digo porque los honorarios que se cobran son menores, ¿no?

Ismael.- Es verdad que con lo que se cobra no se puede hacer mucho más, pero tampoco hay que negar que antes los proyectos estaban mucho más trabajados, que se basaban en un mayor trabajo de campo, etc. Ahora todo está mucho más mecanizado y frecuentemente el producto es 'de serie', pero también hay que tener en cuenta, como dije antes, que ahora son pocas las ocasiones en que puedes proyectar un pueblo entero. Por lo demás, conviene no confundirse: las grandes consultoras también trabajan peor ahora que

antes, y el trabajo de campo es mucho menor que el nuestro: tienen mayores costes de estructura y los desplazamientos al terreno son casi siempre menos de los que deberían.

Ulises.- También hay que tener en cuenta que con la subida del IVA los PBL siguen siendo los mismos, con lo que los PEM se reducen en lo que se incrementa el IVA y por tanto de igual modo ocurre con los honorarios.

Ismael.- Además, cuando existían tarifas fijas, o siquiera baremos de honorarios, había una proporcionalidad 'redistributiva': cuanto menor era la obra, los honorarios eran algo mayores, aplicando un factor de ajuste.

Por otra parte, quizá haya sido un error político fraccionar tanto los proyectos y obras, así como haber optado por el 'café para todos' y 'todos los años', esto es, que aunque no haga falta hacer un parque con columpios en un pueblo donde ya no quedan niños, hay que gastar lo asignado porque si no, el pueblo pierde ese dinero, que no obstante podría gastarse en otras cosas o incluso en otros pueblos que sí necesitan columpios. A ello hay que añadir que al ser las obras tan pequeñas se propicia que las constructoras sean de un tamaño muy menor, desprofesionalizándose el mundo de la construcción, por cuanto cualquier persona con una pala excavadora se hace constructor principal de las obras.

A propósito de esto, ¿no está también en exceso atomizado el mundo de la ingeniería?

Ismael.- Hay que tener en cuenta que nosotros somos el médico de pueblo, el de los primeros auxilios, es decir, que si te llama un sábado por la tarde un alcalde porque se ha roto una tubería, tú te presentas inmediatamente. Este servicio difícilmente lo puede prestar una empresa consultora, con trabajadores que los fines de semana no trabajan.

Por lo demás, cuando hace falta, también formamos UTEs entre varios compañeros en ejercicio libre. Aunque he de decir que extrañamente el cliente lo pide ni el trabajo lo requiere.



En cuanto a los 'compañeros', ¿la competencia siempre es leal?

Ismael.- No lo fue hace años, sobre todo, cuando algunos ingenieros de la Administración trabajaban por las mañanas de funcionario y por las tardes de ingeniero, y no tanto por esto último como porque por las mañanas hacían informes demoledores sobre el trabajo de quienes estábamos en ejercicio libre, por lo que el cliente optaba por contratárselo a ellos 'por la tarde' para no tener problemas de licencias, de trámites administrativos, etc.

Los dos tenéis familiares de primer grado que son ingenieros de caminos, pero que trabajan o han trabajado en otros campos profesionales. En tu caso, Ulises, tu padre trabajó en la Confederación Hidrográfica del Duero, y tu hijo, Ismael, es profesor en la Escuela de Santander. ¿Cómo veis estos campos profesionales en relación con el vuestro?

Ulises.- Mi padre, mientras existió la compatibilidad, también hacía sus proyectos en ejercicio libre, además de ser funcionario en la Confederación. Era algo habitual en los años 70 y primeros 80 porque no había suficientes ingenieros en la provincia para abordar el 'boom' de la llegada del abastecimiento y saneamiento de agua a todos los pueblines... En cuanto a su paso por la Confederación, tuvo la suerte de participar en proyectos interesantes y obras grandes, pero la verdad es que durante los últimos años las cosas cambiaron y el trabajo era y es más rutinario, pues tiene que ver con cuestiones administrativas. Por otra parte, ya no se hacen grandes presas, por ejemplo, y la parte más técnica se refiere a la explotación. Además, de las grandes obras de abastecimientos, de depuración, etc. se encargan ahora las empresas privadas de capital público, algo que muchos no entendemos.

Ismael.- A mi hijo siempre le ha gustado estudiar, investigar porque, a qué negarlo, es un chico capaz, y así lo demuestra su expediente académico. Yo nunca intenté condicionarle para que me tomara el relevo, teniendo como hubiera tenido mucho camino ya recorrido: clientes, etc., pero también me parecía que era concentrar demasiado el riesgo, pues si venían mal dadas, como han venido, habría ocurrido que mi mujer, él y yo habríamos estado en

la misma barca, con la línea de flotación muy baja [risas]. A cambio, él ha estado cobrando mil euros durante años mientras sus compañeros de promoción cobraban bastante más en la obra: no se puede tener todo, o seguridad o dinero ⁽³⁾.



Por lo que te refiere tu hijo, ¿cómo es ahora la Universidad?

Ismael.- Muy diferente a cuando yo estudiaba y, sin ninguna duda, mejor: el profesorado está profesionalizado, se investiga mucho más...

Hay quien piensa que lo que sobran son Escuelas, y que el nivel del alumnado ya no es para tirar cohetes...

Ismael.- Bueno, en educación, aunque no sólo, todo ha bajado un escalón en lo que toca a calidad. El bachillerato tampoco es el que yo estudié: antes había un instituto en cada ciudad, con profesores de muchísima categoría, en el que te examinabas de la reválida, y ahora hay uno en cada cabeza de



comarca, con profesores muy desiguales. En cuanto a las Escuelas, contaré que un profesor de Santander, cuando acabó mi hijo el doctorado, me dijo: «Enhorabuena, ahora tu hijo ya es ingeniero» [risas].

Ulises.- A mí me parece que el hecho de que haya “una Universidad en cada pueblo”, además de inviable económicamente, es un lastre para la calidad de la enseñanza. Todo se ha desvirtuado, empezando porque las notas de corte, o no existen o son muy bajas, pues lo que le interesa de verdad a la Universidad es que haya matrículas —cuantas más, mejor— para justificar su existencia, importándole mucho menos la preparación del alumnado.

Ismael.- Es verdad que al bajar la nota de corte, ahora sí se nota más que la ingeniería ha perdido cierta ‘garantía’ que la sociedad daba por asegurada. Sin duda, sigue habiendo ingenieros grandes ingenieros egresados de todas las Escuelas, medianos como siempre hubo pero que ahora abundan más, y finalmente hay ingenieros que no deberían haber entrado en una Escuela.

Hablemos del Colegio para acabar. Con absoluta y crítica libertad, como siempre.

Ismael.- También en esto hemos bajado un escalón. Antes el Colegio era una institución muy respetada por la sociedad, parecía como una Administración, y ahora no deja de ser poco más que una asociación de ingenieros. Por otra parte, los compañeros en ejercicio libre siempre hemos parecido ser los parientes pobres y el Colegio no se ha preocupado mucho de nosotros, aunque es verdad que toda la información que ahora enviáis desde la Demarcación nos viene muy bien a todos para el desempeño de nuestro trabajo.

Ulises.- Estoy de acuerdo con Ismael en que no se nos da un buen trato, incluso preferente como había de ser habida cuenta de que buena parte de los ingresos del Colegio provienen de nuestros visados. Es verdad que contigo, con Miguel Ángel, y con Cristina antes, el trato es muy directo y cercano, pero a mí la actividad del Colegio en Madrid, a nivel nacional, no me parece bien:

tanto acto de imposición de medallas, tanta foto con el ministro de turno... Y la inversión que supondría en su día ese palacete de la calle Almagro, y el coste de su mantenimiento... ¡Que estamos en el siglo XXI y no en el XIX, hombre!...

Ismael.- Bueno, alguien tiene que reunirse con el ministro de turno...

Ulises.- Yo creo que no vale para gran cosa. A mí, desde luego, no me reporta mucho, y con mi aportación al presupuesto del colegio preferiría que no se pagasen tantos fastos...

Ismael.- Reunirnos en Santo Domingo a mí me parece positivo, pues así nos conocemos, nos tratamos... Yo no sé cómo serán las cosas en Madrid, pero en las Demarcaciones es bueno que haya y que se sienta esta cercanía.

Ulises.- Ismael, en ningún momento me estoy refiriendo a los actos de Santo Domingo de la Calzada. El caso es que ahora, con muchos menos ingresos de visado, entre los que cuento los míos, la estructura y el sistema del Colegio habrán de cambiar, y esperemos que para mejor.

[Entrevista realizada en León, el 13 de junio de 2013,
por Javier Muñoz Álvarez]



(1) En 1983 se estrena *Cross Creek*, de Martin Ritt, que se tradujo al español como *Los peores años de mi vida*. La película obtuvo 4 nominaciones al Óscar —actor y actriz secundarios, B.S.O. y vestuario— y otra nominación a la Palma de Oro en Cannes.

(2) Para el poeta romántico alemán Novalis, «no solamente Inglaterra es una isla, sino que también lo son los ingleses». Por su parte, el *savant* judío George Steiner, entrevistado en THE PARIS REVIEW, se preguntaba: “Is England European or is it not? The Channel Tunnel is symbolically one of the most difficult moments for the average Englishman to countenance”.

(3) «El católico, dotado de un menor afán de lucro, se entrega a una vida lo más segura posible, aunque con menores ingresos, más que a una vida excitante, en peligro, aunque eventualmente le trajera riqueza y honores. Al protestante le gusta comer bien, mientras que el católico quiere dormir tranquilo». (Max Weber: *La ética protestante y el «espíritu» del capitalismo*). «De un lado, en efecto, está Calvino, con su teoría de la Sírácida. De otro, el gran frigorífico de los Alpes, la pulcra Suiza. Pero aún es un misterio cómo a fuerza del poder de la gracia y del carácter aséptico del clima alpino se purifican y hacen morales las fortunas más feamente adquiridas en países cochambrosamente católicos del sur de Europa y de la América llamada Latina, acaso por recuerdo más de Venus y Lúculo que de Cicerón». (Julio Caro Baroja: “Desinfección”).